

Miquel Batllori, S. I.

ANTONIO MESTRE
(UNIVERSIDAD DE VALENCIA)

El domingo, 9 de febrero, a los 93 años de edad, moría en el Centre Borja de Sant Cugat del Vallés el jesuita Miquel Batllori Munné. Por la amplitud de sus conocimientos, tanto en el tiempo (de la Edad Media a nuestros días) como en el espacio (de la vieja Europa a los problemas de la América Hispana), Batllori era un historiador nada frecuente en nuestros tiempos de especialización. Formado en la Universidad de Barcelona en la década de 1920, con un profesorado de altísimo nivel (Antonio de la Torre, Jorde Rubió, Bosch Gimpera) y compañeros de estudios que después alcanzaron merecido prestigio intelectual (Vicens Vives y G. Díaz Plaja), ingresó en la Compañía de Jesús en 1928. Exiliado a Italia, con motivo del decreto de la II República, pudo conocer directamente las corrientes intelectuales europeas. El breve paréntesis de su residencia española, después de la guerra civil (concretamente en Mallorca), no le impidió continuar en conexión con las líneas de investigación histórica. El nombramiento de director de la revista *Archivum Historicum Societatis Iesu* (1951), y profesor de Historia en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, le permitieron conocer la evolución de los estudios históricos en el mundo. Así lo reconocieron los historiadores que nombraron a Batllori para uno de los altos cargos del Comité Internacional de Ciencias Históricas.

Los trabajos de Batllori constituyeron una aportación definitiva en múltiples campos de la investigación. Por supuesto, sus investigaciones sobre Ramón Llull, como prosista, místico y poeta, fueron muy relevantes, como sus descu-

brimientos en los archivos italianos de papeles y documentos relativos a Arnau de Vilanova. Esos estudios le demostraron, y así lo confiesa, que «la historia cultural de la Corona de Aragón» en la Baja Edad Media estaba en relación «con el ambiente intelectual hispanoeuropeo».

Pero hay otros campos de la historia que interesaron a Batllori. Jesuita, buscó las raíces y desarrollo de la espiritualidad ignaciana. Y, en consecuencia, sus trabajos sobre la Compañía son importantes. Así tuvo que analizar el movimiento cultural y religioso del momento de la fundación. De ahí, sus estudios sobre el *Humanismo y Renacimiento*, sobre Juan Luis Vives y Erasmo. En esas circunstancias, viviendo en Italia y con un san Francisco de Borja como Preósito de la Compañía, Batllori tenía que estudiar a los Borja. Y lo hizo con seriedad y rigor. Ese fue el tema de su discurso de ingreso en 1958 en la Real Academia de Historia, *Alejandro VI y la casa real de Aragón (1492-1498)*. Pero la curiosidad intelectual de Batllori parecía insaciable: Gracián y el Barroco, los jesuitas españoles en su encuentro con la cultura italiana del XVIII (Gustà, Arteaga o Juan Andrés), la Ilustración, con personajes como Finestres o Mayans, Balmes y el romanticismo, las relaciones de la Santa Sede e Hispanoamérica y hasta nuestros días con el estudio sobre la actividad político-religiosa del cardenal Vidal y Barraquer durante la II República Española.

Amplitud de estudios y rigor científico. Batllori tenía un criterio claro. En palabras textuales, «al tratar la Edad Media la certeza es muy difícil, porque las fuentes son escasas. En cambio en la Edad Moderna la certeza es muy eventual porque las fuentes son muchas y a menudo contradictorias. Por ello el espíritu de crítica y de búsqueda nos acerca a una realidad, pero difícilmente puede abarcarla con una seguridad absoluta». Esa búsqueda de la verdad hacía de Batllori un hombre muy generoso con los historiadores que se acercaran a él en busca de orientación y consejo: siempre amable, siempre atento, con una memoria asombrosa y una generosidad sin límites. Esas cualidades han hecho de Batllori un hombre admirado y querido. Las últimas manifestaciones de afecto, con homenajes y premios, bien merecidos por su sabiduría y bien hacer, demuestran la calidad científica y humana de Miquel Batllori. Un modelo de historiadores y una gran persona.

Antonio Domínguez Ortiz

DOLORS MATEOS DORADO
(INSTITUTO FEIJOO DE ESTUDIOS DEL SIGLO XVIII)

El día 21 de enero de este año murió en Granada don Antonio Domínguez Ortiz. Tenía noventa y tres años, pero muchos de nosotros pensábamos que no moriría nunca: seguía, siguió hasta el último momento trabajando con esa extraordinaria fecundidad y asombrosa lucidez que mostró siempre, desde sus primeros trabajos (su *orto*) hasta la última y magnífica reflexión sobre tres milenios de España. Trabajos que sirvieron de guía y ejemplo a tantas generaciones de historiadores que esperábamos impacientes cada obra anunciada. Especialistas y profanos, porque la inmensa obra de don Antonio —desde los artículos a las síntesis— tiene el valor añadido de la claridad, del rigor sin pedanterías, de la obra bien escrita.

Murió como había vivido, rodeado de su familia, casi con sus libros y sus archivos en la mano, próximo siempre al contacto de sus amigos. A pesar de su edad nunca llegó a ese estado que hace pensar que ya no se tiene nada que aprender ni nada que comprender. No había renunciado a seguir investigando, seguir leyendo, seguir escribiendo.

Considero absurdo, pretencioso, cualquier intento de explicar a los especialistas, a los lectores de esta revista, la talla intelectual de don Antonio, pretender siquiera enumerar las perspectivas que trazó, las aportaciones historiográficas que nos legó en casi setenta años de indiscutible magisterio. Podemos sin duda afirmar que su curiosidad y su capacidad de trabajo le llevaron a tratar sobre todos los temas —grandes y chicos— relacionados con la Historia

Moderna de España, de América, de su amada tierra andaluza. No se puede entender la Historia social sin sus aportaciones.

No es fácil escribir esta breve nota sin caer en tópicos, imprescindibles cuando hablamos de un hombre de bien: de su generosidad. Mantenía correspondencia con cualquiera que le pidiera un dato, una sugerencia, acudía a dar conferencias, a participar en Congresos siempre que se le solicitaba y podía. Hasta hace muy poco no tuvo pereza para viajar y fue un buen viajero: se interesaba por los monumentos, por las calles, por los archivos locales, por la gastronomía...

En las reuniones científicas se quedaba a escuchar a sus colegas (sin importarle si eran jóvenes o viejos), participaba activamente en los coloquios, charlaba con todos los que se acercaban a él. También preguntaba sin ningún recato y no olvidaba citar nunca a los que le habían proporcionado cualquier dato que pudiera utilizar. Hombre paciente, también nos regalaba su ironía, un sentido del humor que nos aproximaba más al hombre sabio.

Si da gusto leerle —qué dice y cómo lo dice— también era un placer «verle» razonar. Con serenidad y prudencia (otras de sus virtudes), interpretaba, reunía las piezas del *puzzle* de la Historia, sacaba punta a lo que otros no sabíamos ver, exprimía su vastos conocimientos.

Ayer leí, lo que para mí es su última aportación: unas breves páginas en el volumen de homenaje a Dolores Tortosa, y parafraseándole, aunque llevara ya desde hace veinte años «metido de hoz y coz en eso que piadosamente se ha dado en llamar la Tercera Edad», hasta el día de su muerte siguió lleno de proyectos y esperanzas, de «ambiciones seniles», sin perder un ápice de creatividad.

Entre los múltiples reconocimientos que recibió en los últimos años de su vida, uno, el de Andaluz Universal, se acerca mucho a lo que ha significado don Antonio para la historiografía española. Nunca fue catedrático de Universidad, aunque acumuló doctorados *honoris causa*, dentro y fuera de España y somos muchos los que nos sentimos hijos de su magisterio. También echaremos en falta a nuestro anciano, nuestro venerable amigo.